



## *Persona y Reflexión Antropológica*





## Un amor inteligente

*Attilio Danese y Giulia Paola Di Nicola<sup>1</sup>*

*Traducción de Ana Cristina Pepe  
y María Gabriela Pepe*

### 1. Como solicitud

La atención al otro se expresa en el cuidado de su cuerpo, de la salud mental y psíquica, de la belleza, del bienestar general, comprensivo también del tiempo libre, de su vocación profesional y espiritual. Hace descubrir que él/ella es frágil y reclama una respuesta responsable a su convocatoria (amar y llamar, convocar a la existencia, ex-sistere, o si no salir de la nada), como en el sentido originario de responder, que implica precisamente el volverse hacia del otro, positivamente dispuestos y éticamente sostenidos, de modo tal de no aprovecharse de la debilidad, no humillarlo, no manipularlo, no tomarlo/a para el juego.

El novio y la novia primero, el esposo y la esposa después, porque la relación soporta el deterioro del tiempo, quieren ser más bien y a pesar de todo los mejores amigos, que comparten y se prestan cuidado el uno al otro, estableciendo un pacto de espontánea y alegre solidaridad en todos los campos, en el cuidado de los hijos, del trabajo, en el compromiso social, en el pensamiento. Este cuidado bidireccional refleja el modelo de la reciprocidad varón-mujer, hoy, o sea la tendencia a modular la relación más sobre la amistad que sobre la pasión y la división funcional de los roles. En el empeño de cuidado los cónyuges devienen consortes, en cuanto portadores del mismo destino, custodios el uno del otro, vivientes el uno en el otro, el uno por el otro ("Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado"<sup>2</sup>). Cada uno es huésped constante en el

corazón y en la mente del otro y al mismo tiempo lo acoge en su casa, en los meandros más secretos de su alma. El matrimonio de hecho rinde evidencia a que cada ser humano está entregado a otro, en la solidaridad originaria universal, cuya ruptura es trágicamente expresada en la frase de Caín: "¿Soy acaso yo el custodio de mi hermano?"<sup>3</sup>, cuya recomposición es evidente en el pacto matrimonial de fidelidad "en la buena y en la mala suerte".

Serán después los momentos delicados de la vida, de todos los días aquellos en los que la joven esposa verificará en los hechos la traducción concreta de la declaración de amor, para ver si el esposo está presente, como prometió, o continúa su vida de soltero (con alguna benévola concesión); si vive las relaciones en la ternura y en la libertad o en la pretensión de quien se cree obligado; si se toma cuidado de los encargos familiares o considera normal gozar por sí del tiempo libre, se reserva para sí la tarea de progresar en el trabajo o en la carrera o considera la maternidad de la esposa la justificación moral para dejar de lado su título de estudio. También el joven, por su lado, verificará si el amor de la novia, ahora su esposa, soporta efectivamente el cansancio, las caídas del comportamiento, el cortejo de algún colega, los límites del sueldo, el aburrimiento de la rutina, la incomodidad del ambiente de trabajo frustrante.

Al confrontar con la circunstancia, los eventos, el ambiente, el amor entre los esposos, deberá hacer efectivo el compartir de los bienes, de los proyectos, de las amistades y de los parientes, de todo el propio ser y por lo tanto, tanto más de las tareas ligadas a la casa, a los hijos, a la asistencia de los sujetos débiles, a todos aquellos campos en los cuales la desertión masculina es frecuente en todo el mundo y a menudo causa de la pendular reacción feminista. Más que la asunción orgullosa de la titularidad paterna, la esposa pide hoy al esposo-padre el compromiso de ocuparse diariamente al servicio de la vida<sup>4</sup>. De esta dimensión responsable

<sup>1</sup> Codirectores de la Revista "Prospettiva Persona", Centro Ricerche Personaliste di Teramo, Italia.  
(Ver más en nuestro [link de Autores](#)).

<sup>2</sup> Ct 2, 16; 6, 3.

<sup>3</sup> Gn 4, 9.

<sup>4</sup> "Muchas veces la mujer -escribe J. P. II- es víctima del egoísmo masculino, en el sentido que el varón, el cual ha contribuido a la concepción de la nueva vida, no quiere después hacerse cargo y le reserva la responsabilidad a la mujer, como si ella fuera la única 'culpable'. Así, justamente cuando la mujer tiene la máxima necesidad del sostén del varón, éste se demuestra un cínico egoísta, capaz de explotar el afecto y la debilidad, pero refractario a cada sentido de responsabilidad por el propio acto. Son problemas que bien conocen no sólo los confesionarios, sino



del amor, no sólo en la relación sexual, se habla poco, no teniendo en cuenta que no están heridos grave y profundamente, como aquellas de un amor de palabras traicionadas por el comportamiento, defraudado, explotado, mortificado, abandonado. Los "pecados" del amor traicionado provocan incalculables efectos desastrosos sobre la psiquis.

La "capacidad" de un matrimonio en el tiempo puede pasar a través de períodos de tentación de infidelidad, cuando ninguno parece resolutivo en una relación conyugal en crisis o simplemente estancada, lo que el encuentro con una nueva persona y el proyecto de unidad dispara.

Es mucho más probable que una pareja pueda hacer frente a una ruptura no prevista de este espejismo de felicidad, si está enraizada fuertemente en el Dios fiel, si tiene por modelo a Cristo, que habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin. Allí donde uno de los dos cede a la infidelidad, el eventual amor unilateral y sacrificado del otro es la última playa. Éste hace lo imposible por intentar resucitar el deseo y asume sobre sí la tarea de encender la ideal unidad matrimonial. En referencia a este empeño por disolver el hielo del otro, o en "con-vertirlo" nuevamente en amor, San Pablo habla de "carbones ardientes" para apoyar sobre su cabeza hasta que el calor disuelva la rigidez y la torne capaz de corresponder<sup>5</sup>.

Los esposos cristianos aprenden del Cristo crucificado la fidelidad y le piden la gracia, sin la cual a veces ser fieles es imposible para la fuerza humana ("sin mí no pueden hacer nada"<sup>6</sup>). Mirando al amor de Cristo-Esposo que se humilla en y para la humanidad, aprenden el arte de la kenosis, del olvido de uno mismo donado por amor. Así atraviesan la cruz, sabiendo que pueden contar con la presencia viva de Cristo que la hará "suave" y "liviana". Es esta experiencia que hace de los cónyuges cristianos, pasados por pruebas muy fuertes, los cabecillas de la serenidad y los portadores de paz, purificados como lo son por el dolor y capaces de conservar la alegría donde otros sucumbirían y finalizarían infringiendo

la unidad conyugal y renegando del pacto matrimonial.

Como Jesús, tales esposos, recogiendo la propia cruz, ofrecen a todos el testimonio de ojos todavía limpios, porque han sido purificados y capaces de una mirada limpia sobre la belleza, aún cuando está latente o estropeada. Suscitan así en quienes los rodean la nostalgia de aquella fuente a la cual admiten.

## 2. En el respeto de la realidad psicofísica

El espiritualismo no ha sido útil al amor conyugal cuando ha estado confundido con el desprecio de la sexualidad, mal necesario para la procreación, de cuya liberación apenas se adquiere una mayor elevación espiritual. No es posible descomponer el equilibrio de la persona, amar con el cuerpo sin coimplicar el alma o responder al amor sin que el cuerpo lo quiera. El esfuerzo de la voluntad no basta para amar con "corazón de carne" a lo largo de toda la vida. Ni tampoco se puede uno casar por asistencialismo, por obra de caridad. También por esto la atracción psico-física de la persona del otro es una condición importante del matrimonio.

Una mentalidad tradicionalista no ha tenido adecuadamente en cuenta que, si los cónyuges no viven en el amor y en la armonía las relaciones íntimas, degradadas a la angustia, a la insatisfacción, a la pretensión, al recato, o si renuncian unilateralmente por la prisa de llegar a Dios solos, carecen de un componente fundamental para un matrimonio feliz. Los psicólogos, los analistas, los operadores culturales y familiares se van dando cada vez más cuenta que si falta el impulso afectivo y si el inconsciente no está de acuerdo con una relación íntima conyugal, se producen efectos boomerang desastrosos. Quien entra en un conflicto violento con el propio cuerpo, con la psique, con el inconsciente, sin comprenderse y respetarse los ritmos, resbala sobre formas patológicas y está a un paso de tornarse

---

también los tribunales de todo el mundo y, hoy siempre más, también los tribunales de menores. Por lo tanto, rechazando firmemente la fórmula "pro choice" (por elección), es necesario alinearse con coraje por la fórmula "pro woman" (por la mujer), o sea por una elección que sea verdaderamente a favor de la mujer... La única actitud honesta, en este caso, es aquella de la radical solidaridad con la mujer. No es lícito dejarla sola". (JUAN PABLO II, *Varcare la soglia della speranza*, Mondadori, Milano 1995, 224 ss.).

<sup>5</sup> Rm 12, 20. Cf anche Pr 25, 22, Mt 5, 39.

<sup>6</sup> Jn. 15, 5.



frustrado, violento, sádico, no obstante las buenas intenciones. "No hace falta olvidar que una planta vive de luz y de agua, no sólo de luz. Sería un error contar sólo con la Gracia. Es necesario también la energía de la tierra", escribía S. Weil<sup>7</sup>. De Chardin hacía eco: "Por obra de la creación y sobre todo de la encarnación, nada es profano, aquí abajo, para quien sabe ver"<sup>8</sup>. Y la misma Teresa de Jesús: "No somos ángeles, sino también tenemos un cuerpo. Querer ser ángeles estando sobre la tierra y en modo así radical así como estoy yo, es un despropósito"<sup>9</sup>. De su canto D. Bonhoeffer en su carta del 12 de Agosto de 1943 escribe a la novia María von Wedemeyer: "Nuestro matrimonio debe ser un sí a la tierra de Dios, debe reforzar en nosotros el coraje de obrar y de crear cualquier cosa sobre la tierra. Temo que los cristianos que osan estar sobre la tierra con un solo pie, entrarán con un pie solo también en el cielo"<sup>10</sup>.

No se puede vivir bien el matrimonio sin respetar la realidad psicofísica de los dos cónyuges, con exigencias que varían de una persona a otra y de pareja a pareja. Sería contraproducente sofocarlas o reducirlas a las necesidades primarias. Hay demandas de armonía de vida, de belleza, de elegancia, que sea también sobria, de cuidado ambiental (casa, trabajo, ciudad) que tienen que ver con la ética y con la estética además de la higiene, y que caracterizan a la mujer y al varón contemporáneos. Son demandas que ameritan ser satisfechas, en lo posible y en la disponibilidad concreta, porque no se oponen a la espiritualidad. No se puede confundir negligencia, descuido, estandarización con espiritualidad, ya que al contrario, la armonía es una de las expresiones más adecuadas para expresar y evocar la presencia de Dios en el mundo, tanto que los ambientes en los cuales prevalece la tristeza, lo repetitivo, lo malo, son aquellos en los que Dios está ausente en el corazón del hombre (si se piensa en Auschwitz). Por lo demás, siempre en la historia de las religiones, una genuina fuente carismática ha acompañado la espiritualidad con obras de arte, desde la pintura a la escultura, a la música, a la arquitectura.

Si no se tienen en cuenta las características del cuerpo y de la psiquis de cada uno, como

individuo y como género, se pueden provocar desgarros que generan descompensaciones irreparables en el equilibrio personal y se ponen las premisas del fallecimiento del matrimonio. Se pueden manifestar (incluso después de años de incubación) peligrosas actitudes, por ejemplo respecto al mundo femenino (sexofobia, frigidez) o masculino (misoginia, impotencia), incluso en personas cristianamente motivadas, pero que no tienen resueltos los equilibrios de carácter relación-sexual. Una cierta "santidad" puede mezclar de modo contradictorio experiencias místicas "elevadas" y zonas de sombra de la visión personal.

En la vida de pareja no es educativa una prodigalidad sin control (madres y mujeres siempre disponibles, al servicio de los hijos y del marido), como tampoco proyectar vuelos espirituales penetrantes, abstinencias prolongadas, sacrificios en la alimentación, en la vestimenta, en el uso del tiempo libre (televisión, cine, etc.) sin haber considerado qué dificultades se está en condiciones de afrontar serenamente (¿a quién beneficia una generosidad reprochada, mal soportada y difícil, sino a la enfermedad?) y sin considerar que el otro sale a soportar sin daño. Al esfuerzo de uno debería corresponder el consentimiento del otro, o por lo menos, la comprensión, la aceptación benévola y no sólo tolerante. Esto supone que antes sea hablado y se haya alcanzado un entendimiento que asegure que los "elevados" compromisos se podrán mantener sin perjudicar a nadie, más aun potenciando la unidad. Las decisiones, especialmente en este campo, van de la mano, teniendo muy en cuenta antes de nada el parecer del cónyuge y después el de los hijos, quienes obligados por su propio estado, aguardan del ambiente.

Una cierta cultura espiritualista, de tipo ascético e individual, permanece muy ligada al análisis del yo, afirmada en una relacionalidad entendida como éxodo de sí, independientemente del encuentro con el tú (trascendencia y oblación unilateral). Pero abrirse al otro, sin obtener respuesta, puede constituir premisa de nihilismo, si la trascendencia del yo va hacia el vacío, sin

<sup>7</sup> S. Weil, *La connaissance surnaturelle*, Gallimard, París, 1950, 321.

<sup>8</sup> P. Teilhard De Chardin, *L'Ambiente divino*, tr. it. Il Saggiatore, Milano, 1968.

<sup>9</sup> Teresa de Jesús, *Vita*, c 22,10.

<sup>10</sup> M. C. Laurenzi (a cuidado de), *Lettere a la fidanzata*. Cella 92. Dietrich Bonhoeffer-María Wedemeyer (1943-45), Queriniana, Brescia, 1994; cf P. Vanzan, Diestrich Bonhoeffer 50 anni dopo, en "La Civiltà Cattolica" n. 3524, 19 Abril 1997, 149-159.



encontrar a nadie. En el matrimonio, ésta es una experiencia de desunión que los esposos viven las veces que la desintonía parece tener lo mejor. De por sí, extender la relacionalidad como reciprocidad significa reconocer que a la atención del yo sobre el tú, primero o después, corresponderá la reciprocidad, a la trascendencia del uno corresponderá la trascendencia del otro, al don el intercambio, aunque venga diferido, por una razón o por otra, incluso hasta el más allá.

A la vida de pareja no se adapta el puro ejercicio ascético de autoexaltación o de autocastigo, que vuela sobre el otro, sin pasar por su crisol y sin preocuparse de su respuesta. Sobre todo puede resultar nocivo vivir día y noche en una tensión antinatural, a riesgo de explotar hacia formas patológicas. Cuando uno de los cónyuges potencia su capacidad donativa sin tener en cuenta la respuesta (moral individualista), hace un esfuerzo unilateral, tal vez personalmente santificante pero incapaz de alcanzar los niveles de intensidad necesarios para cualificar la relación interpersonal y menos aun para realizar aquella comunión que caracteriza al matrimonio cristiano. Lo importante en el matrimonio es que la inversión de confianza sea sustancialmente bidireccional ("Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros")<sup>11</sup>.

Para que sea posible una espiritualidad bien armonizada con la persona, es necesario que la personalidad de base de cada uno de los cónyuges sea sólida y equilibrada, lo que a su vez supone in primis una familia educante por detrás. La primera educación que los padres imparten pasa no tanto a través de las enseñanzas verbales, como a través de su propia vida de amor, que entrega a los hijos aquel patrimonio de atención, de ternura, de inteligente servicio recíproco que inyecta la paz consigo mismos y la responsabilidad sobre los otros. Un amor fuerte entre él y ella, fiel, probado a través de los gestos más simples de la vida cotidiana, permite a los hijos aquella serena seguridad interior que es premisa necesaria para una personalidad madura y

equilibrada: "La calidad de la relación que se establece entre los esposos incide profundamente en la psicología de los hijos"<sup>12</sup>.

En efecto, es importante que el niño se nutra de la sintonía entre los esposos, ya que sobre ese apoyo está su seguridad afectiva, como una plataforma fundamental que da fuerza a cada acto educativo. Viceversa, el niño "queda impresionado ... de las angustias y de los conflictos de los padres, y con sorprendente empatía, adivina ejercicios en las prácticas educativas externas"<sup>13</sup>. Son afortunados aquellos novios que crecieron en familias que les permitieron respirar desde el útero materno, el amor entre los padres y atrapar una reserva de humanidad. Ellos, como matrimonio, tenderán a reproducir un clima sereno. Serán menos autoritarios sobre los hijos y tal vez más capaces de coeducación, según un modelo circular de relaciones, en el cual cada uno da y recibe, educa y es educado, en la recíproca tolerancia de las carencias. Una buena armonía conyugal ayuda a no "construir" un adolescente a la propia medida ("a imagen" de la madre o del padre), a hacerle cargar la experiencia del adulto, en lugar de darle los "instrumentos que le permiten en primer lugar descubrir quién quiere ser, y después transformarse en una persona alegre de sí y de su propia vida"<sup>14</sup>. Todas las tendencias egoístas que hacen del progenitor un dominante, un tirano, un desinteresado, un arrepentido, uno que ve en el hijo la realización de gratificantes metas no alcanzadas por sí mismo, que exige la excelencia y desprecia la mediocridad (precozmente) o que lo ve como prótesis de la propia persona, niegan esta capacidad de acoger, favorecer y respetar a los niños como personas, y condicionan el resultado del futuro matrimonio<sup>15</sup>. Para que se realice la reciprocidad también con los hijos, es indispensable sobre todo, que los cónyuges la vivan entre ellos, lo que de por sí requiere desarrollar por imitación y en modo personal la sensibilidad de los más pequeños, y que después sabrán animar en ellos la asunción de pequeñas-grandes tareas. Es necesario saber recoger, sostener y potenciar todos aquellos elementos animados que el ambiente ofrece para la

<sup>11</sup> Jn, 13, 34-35

<sup>12</sup> GIOVANNI PAOLO II, *Messaggio per la giornata della pace* 1995, n. 6.

<sup>13</sup> H. E. RICHTER, *Genitori, figli e nevrosi*, tr. it. Il Formichiere, Milano 1975, 12.

<sup>14</sup> B. BETTELHEIM, *Un genitore quasi perfetto*, tr. it. Feltrinelli, Milano 1987, 67. "Nessuno educa nessuno — nessuno educa se stesso — gli uomini si educano tra loro, con la mediazione del mondo" (P. FREIRE, *La pedagogia degli oppressi*, tr. it. Mondadori, Milano 1972, 94).

<sup>15</sup> Cf G. P. DI NICOLA, *Maternità e conflitto*, en M. T. BELLENZIER (al cuidado de), *Donna-Uomo: la dimensione creativa del conflitto*, Demian, Teramo 1993, 70-89.



asunción creativa del compromiso de cuidado del caudal de sus posibilidades, educándolos para administrar tiempo y talentos con sentido solidario<sup>16</sup>.

La educación en la reciprocidad comienza en la observación de la relación padre-madre, referencia insustituible para aprender a acoger todas las otras diferencias: el anciano, el inmigrante, el desocupado, el alcohólico, el enfermo mental. La conciencia es de por sí el lugar del aprendizaje del respeto a la diferencia, ya que en la confrontación cada uno recoge la diferencia entre la propia identidad y lo que le falta. Es importante no recogerlo en términos penalizantes y discriminatorios, sino de enriquecimiento<sup>17</sup>. Vale para creyentes y no creyentes, como dice Jonas: "Sólo el respeto revelando algo de sacro, o sea de inviolable en cualquier circunstancia (el que resulta perceptible incluso sin religión positiva), nos preservará incluso de profanar el presente en vista del futuro, de querer comprar este último a precio del primero"<sup>18</sup>.

El circuito del amor exige que cada uno, para ser capaz de respetar la sacralidad del otro, sea a su vez digno de amor y de respeto, de ser amado por Dios y de valer por lo tanto infinitamente, conciente que es la base del respeto que tendrá después a los otros. Este sentimiento, que establece originariamente la paz consigo mismos, puede desarrollarse sólo si cada uno representa concretamente, en cada niño que viene al mundo, el amor de Dios, primariamente la madre, ícono de Dios. Sin la experiencia originaria de ser confiados y cuidados por quien brinda seguridad y satisfacción al niño, sin la percepción de ser introducido en una cadena de solidaridad universal, gracias al anhelo precioso de los progenitores, no es posible crecer en unidad e incluso Dios resulta una palabra vacía, o asume la visión del juez severo<sup>19</sup>.

"En la educación de los hijos -sostiene Juan Pablo II- la madre tiene un rol en primerísimo plano.

Por la relación especial que la liga al niño sobre todo en los primeros años de vida, ella le ofrece el sentido de seguridad y de confianza sin el cual le sería difícil desarrollar la propia identidad personal y sucesivamente, establecer relaciones positivas y fecundas con los otros. Esta originaria relación entre madre e hijo tiene por otro lado un valor educativo totalmente particular en el plano religioso, ya que permite orientar a Dios la mente y el corazón del niño mucho antes que inicie una educación religiosa formal"<sup>20</sup>.

"Sólo la educación del corazón es el corazón de cada educación"<sup>21</sup>, capaz de hacer frente a los retos que la pareja diariamente afronta, expuesta como está a los precarios equilibrios de la unidad, a las fugas nostálgicas del pasado o a aquellas utópicas hacia el futuro, a los condicionamientos de la psicología de cada uno, a las diferencias de cultura, de condiciones económicas y políticas, a las caídas en el dominio del yo, del tú y del nosotros, a los dinamismos psicológicos perversos. Diversamente será necesaria una acción de recuperación, lo que no es imposible, pero costará un esfuerzo extra, como bien saben quienes tienen un cónyuge problemático-infantil, debido a una falsa o equivocada educación, que reclama dedicación a menudo "heroica" (no raramente incapaz de alcanzar los efectos deseados).

Todos llevan en su bagaje experiencial infantil algún tramo verídico afectivo sereno y algún otro traumático. No es bueno crecer en una burbuja de vidrio, aislados y protegidos de lo negativo. Por lo tanto también en los mejores casos el amor conyugal está al resguardo de la psiquis y a salvo del mal heredado o inmediato, que la ternura de la mirada amante puede salir a disolver. La vulnerabilidad de la persona no puede ser curada de una vez para siempre, por lo tanto el varón y la mujer que se aman saben ser día a día instrumento de salvación para el otro, como día a día aprender el arte de amar. La obra de formación de los novios, no sólo en los cursos prematrimoniales organizados

<sup>16</sup> Fundamental el re-llamado a la responsabilidad que ha representado el libro de H. JONAS, *Il principio responsabilità*, tr. it. Einaudi, Torino 1990.

<sup>17</sup> Cf F. CRESPI, *Le vie della sociologia, il Mulino*, Bologna 1985, 30.

<sup>18</sup> H. JONAS, op. cit., 286.

<sup>19</sup> Cf E. H. ERIKSON, *Infanzia e società*, Armando, Roma 1967. S. Acquaviva lo subraya en su ensayo comparativo entre el eros, la muerte y la experiencia de fe. (S. ACQUAVIVA, *Eros, morte ed esperienza religiosa*, Laterza, Bari 1990, II, 14-1).

<sup>20</sup> GIOVANNI PAOLO II, *Messaggio per la pace* 1995, n. 6. Él agrega: "El tiempo dedicado a la educación es el mejor empleado, porque decide el futuro de la persona y, consecuentemente, de la familia y de la sociedad entera" (n. 2).

<sup>21</sup> S. PALUMBIERI, *Antropologia e sessualità*, cit., 370.



por la Iglesia, sino en la obra de todas las agencias educativas, será tanto más eficaz si mira a dar todo el peso que merece a la expresión "te amo", sustanciándola de eticidad y espiritualidad para evitar que quede en manos de la pasión, de la circunstancia y de la buena voluntad, fácil de cambiar de dirección. "Te amo" comprende en sí las miles de vueltas de una educación en la tolerancia, el respeto de la diferencia, la acogida de las debilidades del otro, de sus temores y de sus equívocos, el perdón, la paciencia de atender a los tiempos justos para reunir la auspiciada concordia. Esto vale también en las confrontaciones de los hijos, que a menudo sólo después de un largo peregrinar reconocerán la calidad del amor recibido de los padres y mostrarán gratitud, pero que de todas maneras no podrán no ser aquello de lo que han sido amasados en las más íntimas fibras, en virtud del patrimonio genético y del más fundamental patrimonio del amor que los padres les han transmitido.

Para un matrimonio en el cual el consenso tiene verdadero sentido es necesario que los contrayentes sean personas maduras (es por ello acuñado el término "esponsalidad", "mariabilité", "marriageability"). Por lo tanto vale todavía más en el matrimonio cristiano, en el cual los esposos son "ministros de Cristo y de la Iglesia" y vienen por ende reconocidos en grado de amarse con amor sobrenatural.

### 3. El amor es también intercambio

La reciprocidad comprende también la lógica del intercambio, con sus reglas de balanceo del dar y el recibir, aunque no puede reducirse a eso. En general los recursos se intercambian entre los esposos de modo tal de conservar cierto equilibrio, sin el cual el matrimonio sería un riesgo, incapaz de tenerse a la altura de las mejores intenciones. Los novios y los esposos se intercambian flores, regalos, besos, teniendo en cuenta lo que al otro le agrada y eligiendo lo mejor posible. Si el regalo es invasivo, no discreto, puede ofender: en algunas culturas se rechaza si es superior a las expectativas y a la posibilidad de quien lo recibe. El don, de hecho, provoca y confirma la reciprocidad. Aunque esta última incluye también el sublime testimonio de amor unilateral, de por sí implica la ida y vuelta de los

flujos donativos, sin los cuales se obtiene el fracaso del don y en algunos casos el fin del amor.

No sería auspiciable ni podría sostenerse por largo tiempo, el dar siempre y sólo en una dirección, si no se proveyese un retorno y un intercambio, incluso diferido en el tiempo. De todos modos las leyes que regulan el mundo económico son paralelas a aquellas de las relaciones de amor (si se piensa el significado de la dote y de los matrimonios entre pertenecientes de la misma casta en la cultura oriental). También en los más íntimos y sublimes sentimientos, como el esponsal y materno, se halla la natural tendencia a aguardar el regreso del amor. Por otra parte, la comprensión de los valores espirituales y de los intereses en el ámbito de las relaciones humanas no es adquisición nueva, dado el desencanto de la cultura postmoderna. Pero tal desencanto no debería generar desconfianza por excesiva prudencia, obstaculizando la custodia de una persona por otra, sino ayudar a mirar con realismo las dinámicas de la fuerza que, si no son omnivisoras u omnipresentes (como en las teorías negativistas), atropellan gran parte de las relaciones humanas.

Hoy se es más consciente que, no obstante la difusión, mayor conciencia de los derechos humanos, es propio que en la relación de intimidad afectiva entre varón y mujer aniden gérmenes de dominio, de instrumentalización del otro (tensiones, frustraciones, chantajes, aprovechamiento y violencia). El sentimiento de los progenitores e incluso aquel materno tampoco están exentos<sup>22</sup>. Con la misma palabra amor indicamos por una parte un sentimiento refinado, un valor entre los más sublimes y también una virtud teológica, y por otro lado a un acto próximo al instinto, ligado a la necesidad de reproducirse de la especie, explotando astutamente la atracción del sexo, un magma de energía que es a veces sin prisión ni control, superando el umbral del pudor y provocando gestos que pueden convertirse en incontrolables. Sobre esta ambivalencia se apoya la necesidad de balancear la fuerza y tender al equilibrio en el intercambio de atención, servicio, confianza.

Muy a menudo los espiritualistas indican a los esposos un amor unilateral, empujándolos casi a

<sup>22</sup> Cf E. BADINTER, *L'amore materno*, Longanesi, Milano 1990. De hecho los progenitores sólo temporalmente dan sin retorno. En realidad recaban prestigio y centralidad social, afecto de los pequeños y conjunto de promesas que dan a los quehaceres cotidianos el sabor de una inversión.



una inmolación de sí, que no corresponde al ideal conyugal. Sería necesario recordarles aquella indicación del Evangelio en la cual es alabada la capacidad de hacer el bien, aún sin una intención directamente positiva y "alta espiritualmente", como resulta de diversos episodios del Evangelio que subrayan la penetración psicológica con la que Jesús observa el juego de los intereses humanos<sup>23</sup>.

La espiritualidad no puede hacer menos que las leyes de la naturaleza, y del resto Jesús no ha desdeñado nada de cuanto está inscripto en la dinámica de lo creado, valorizando y purificando cada cosa. Todas las dotes humanas son exaltadas por una espiritualidad encarnada, como se ve en la parábola de los talentos, que es también un aliciente para valorizar al máximo los dones recibidos, naturales (riqueza, belleza, inteligencia, astucia, simpatía, medios, conocimiento, cultura, comunicación, información, mass-media, potencialidad multiplicada por el desarrollo de la tecnología) y sobrenaturales (fe, gracia, profecía, discernimiento). Se trata de talentos recibidos, que deberán ser restituidos, multiplicados en la rendición final<sup>24</sup>. Al temor de quien va a esconder la moneda, temiendo perderla, alienándose la simpatía del patrón, está contrapuesta la intradependencia económica de quien trafica, invierte, realiza. Estar despiertos y capaces en las cosas humanas es como el signo positivo de una capacidad similar en las cosas divinas.

Los aspectos examinados invitan a los cónyuges a orientar al bien el mundo de los afectos, considerando positivamente y usando, con criterios similares a aquellos económicos, toda la capacidad humana, del trabajo a la capacidad de mediación, a la búsqueda de acuerdo en caso de conflicto, a la intuición de estrategias y técnicas en torno a los tiempos y a los modos para la realización de los fines que se quieren alcanzar. En el amor no se puede ser "sutil": sólo quien ama conoce la vía secreta para unirse a lo íntimo del otro y generar reciprocidad porque intus legit en el misterio de su persona, intuyendo los matices más latentes. De vuelta en esta astucia, si a veces uno de los esposos considera oportuno cumplir gestos de amor sin que ellos sean espontáneos, hay una suerte de "divina comedia" que se representa al sólo fin de compartir la participación afectiva del otro y de ellos mismos,

volviendo a poner en movimiento la reciprocidad. También una relación conyugal se favorece sagazmente de recursos, cálculo de oportunidades, capacidad de elegir los tiempos justos para hablar y para callar, intuición de los modos más adecuados para reunirse al corazón del otro y para evitar el desencuentro. Esto que vale para los emprendedores, valientes y activos constructores de bienestar, eso que es alentado en los políticos, geniales constructores de las nuevas posibles estrategias de desarrollo y de la paz, se requiere también en las relaciones entre los cónyuges, geniales celadores del arte de amar.

#### 4. Circularidad y lógica del don

Si el matrimonio no subvalúa la lógica del intercambio, no puede ser reducido. El puro placer de donar permanece fundamental y cualifica la prosociabilidad interpersonal. Es la iniciativa de donación del individuo que pone en movimiento la reciprocidad. Es importante contraponer las dos actitudes, pero dialectizarlas de modo que la lógica del intercambio sustraiga a la donación unilateral su tendencia victimista y, por otra parte, la lógica del don sustraiga del intercambio su racionalidad mercantil y anónima.

En el matrimonio la afectividad supera la dimensión espontánea y vital, la caridad la dimensión filantrópica, la sexualidad lo instintivo, la espiritualidad el espiritualismo, gracias a un pacto de alianza interpersonal que recoge todos los matices del amor y los unifica para reunir el corazón y la mente del otro. Los dos no son unidos en virtud de la sangre, de las tradiciones familiares, del contrato matrimonial, ni tampoco de la pura caridad espiritual. Por cualquier razón que los supere, los esposos hacen una opción de vida precisa: vivir con/por un ser particular, dedicándole lo mejor de sí. Sin el empeño de invertir la propia vida para ella/él y los hijos, en una familia, el empeño que está radicado en el ethos de la persona, el matrimonio no sería más que costumbre, burocracia, invasión estatal, ritualismo.

No hay don que valga el gasto y la entrega al otro, pero todavía más importante es saber retirarse si el don no es agradecido, ya que es el otro quien decide la acogida. Quien ama pide y aguarda la

<sup>23</sup> Cf A. DANESE, *Riscoprire la politica*, Città Nuova, Roma 1989,

<sup>24</sup> Cf Mt 25, 14-30; Lc 19, 11-27.





sonrisa del otro porque la iniciativa de uno deviene complicidad. Esto a su vez se transforma en alianza si entre ambos declaran la disponibilidad a gastar diariamente la propia vida por el otro. También para el matrimonio vale la máxima de Jesús: "no hay amor más grande que aquel que da la vida por amor a otro"<sup>25</sup>.

Sexualidad, complicidad, matrimonio aparecen en el tiempo como un único lenguaje, en diversos modos, para aludir al amor divino con que Cristo ha amado a la Iglesia y se ha dado por ella<sup>26</sup>. Con los Judíos el pacto entre Dios y los hombres subrayaba inicialmente una obediencia a la ley como condición de supervivencia, de riqueza, de victoria sobre los enemigos: "si tú... entonces yo...". Profetas como Oseas, Jeremías, Isaías, han comprendido más tarde que Dios proponía una alianza de tipo participativa acerca del plano afectivo: de modo que este amor fuera suscitado en la libertad, Dios estaba dispuesto a perder, a hacerse a un lado. La conyugalidad era el lenguaje más adecuado para expresar este tipo de alianzas, este andar hacia sin condiciones, como si desde el inicio hubiera estado prefigurado en Gn 2, 24: "El hombre dejará su padre y su madre. Él se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne" (si se piensa como en la mentalidad común, sería esperado: "y tendrán una prole numerosa").

De acuerdo con la lógica sponsal de la persona, no es posible realizar alguna circularidad en la vida sponsal si los dos cónyuges son aferrados a la propia identidad, atados a los progenitores, a los propios bienes, a la propia libertad. También el matrimonio es una escuela de catarsis del yo pero, a diferencia de símiles ejercicios ascéticos a medida del individuo, realiza este crecimiento humano y espiritual de la persona en un camino de a dos. Será posible sólo en la relación de unidad con el cónyuge

distinguir si el concepto de "abnegación" expresa altruismo creativo o sólo distraerse en una estéril alineación, si "el ser de ellos mismos" expresa fidelidad a la vocación personal o atadura al yo, si el "perderse a sí mismos" significa sólo abdicación (alienación) o la capacidad de ponerse en juego por el otro<sup>27</sup>. No se trata de una serie de normas para respetar, sino de una actitud positiva y creativa para la cual cada uno, haciendo el bien al otro, hace también el propio: la persona no es un pensamiento que se recoge a sí mismo en el acto de pensar, sino un don recibido y redonado.

Por lo tanto la relación interpersonal donativa delinea el ser auténtico del varón y de la mujer, como bien ha puesto en evidencia el personalismo comunitario de M. Nédoncelle, G. Madinier, E. Mounier, autores que han privilegiado el tema del ser como amor y del amor como "cifra" del ser, fundamento metafísico y también llave fenomenológica de la experiencia de la persona. "El amor -escribía Mounier- no se une a la persona como algo de más, como un lujo: sin el amor la persona no existe... sin el amor las personas no llegan a ser tales"<sup>28</sup>. Viceversa, lo que no es amor parece condenar la persona a quedar como ente, individuo atrofiado, incapaz de trascenderse. "El ser es amor -agregaba Madinier- por lo tanto un ser no es sino en la medida de quien ama. No es necesario ir de los seres al amor, sino del amor a los seres... y nosotros para ser no debemos más que entrar en el amor"<sup>29</sup>.

El don se realiza en diversos niveles del plano del objeto (lo que se da) al plano del ser (lo que se es) a aquello del Espíritu que implica el intercambio de los dones espirituales, aquellos secretos que Dios hace a cada alma. Una bella expresión del filósofo libanés R. Habachi suena: "No se puede unir verdaderamente a otro ser sin casarse con su vocación"<sup>30</sup>. El don supone de hecho la

<sup>23</sup> Jn 15,13.

<sup>26</sup> Cf Ef 5,32.

<sup>27</sup> "Yo no soy presente a mí mismo si no me doy al mundo: este es el drama. No se posee aquello que no se da... es necesario agregar: no se posee sino a quien se da... a querer recoger en el aislamiento, el flujo de la propia vida íntima, el hombre da sabor a una amarga y alucinante sensación de la nada" (E. MOUNIER, *Révolution personaliste et communautaire*, in Oeuvres I, 169-170). Se lee más adelante: "La persona no se encuentra sino alejándose, alcanzándola sin cercarla, gracias a la eventualidad de una realidad que la supera", 182.

<sup>28</sup> E. MOUNIER, *Révolution...*, cit., 192. El amor no es por lo tanto un atributo del carácter o una modalidad de realización, sino la posibilidad misma de ser: "Existo sólo en la medida que existo por los otros... ser significa amar" (E. MOUNIER, *Le personalisme*, cit., III, 453).

<sup>29</sup> G. MADINIER, *Conscience et amour*, P.U.F., Paris 1962. Cf J. LACROIX, *Panorama della filosofia francese contemporanea*, tr. it. Città Nuova, Roma 1971, 31.

<sup>30</sup> R. HABACHI, *Commencements de la créature*, Centurion, Paris 1965, 122.



capacidad de respetar y sostener la vocación del otro, sea en el campo humano, (eventuales talentos musicales, deportivos, intelectuales), sea en el campo espiritual, especialmente si el otro reconoce en Dios el/la esposo/a de su alma, capaz de hablarle en lo más íntimo. Si el matrimonio fuera la tumba de la vocación sería también la tumba del amor.

Cualquier persona puede desarrollar plenamente su potencialidad en el matrimonio si alimenta su diálogo interior con Dios. "También el amor conyugal, el amor materno, filial, de amistad, si no evocan a lo Absoluto y consecuentemente, a lo absoluto de la persona, no son auténticos, sino instrumentalizantes"<sup>31</sup>. Por lo tanto, en la tradición cristiana la alianza con el otro es también alianza con el Otro, en el sentido que para poder amar y custodiar la vocación del cónyuge, es necesario sintonizar la propia alma sobre el registro de Dios. Se instaura así una colaboración de tres, en la cual tanto el esposo y la esposa, en sintonía con el amor de Dios, se tornan capaces de salvar al otro, aliviar sus llagas, multiplicar sus alegrías.

El matrimonio goza de toda la Gracia que el Cristo dona a sus amigos, unificando también dos cónyuges muy distanciados en la vida de la fe. San Pablo, que también seguía en tantos aspectos la mentalidad de la época, no deja de subrayar más de una vez este recurso de la vida conyugal que es salvífico y redentor, por lo tanto sacramental ("la mujer santifica al marido"). La vida de los esposos realiza así la comunión de los santos, donde comunión alude propiamente a la redistribución de los recursos espirituales de modo que lo que ha estado unido al amor y a la Gracia no sea dividido por la jerarquía de los méritos.

## 5. Como perdón

El perdón es una forma específica de revisión del pasado en la cual cada persona y cada pareja

recorren la experiencia de su vida y reviven sufrimientos que no pueden ser ocultados. Es oportuno detenerse, escuchar y hospedar el dolor del otro, para evitar rumiar el propio. Esto exige paciencia y tolerancia para los límites, las pequeñas obstinaciones, las manías que el tiempo a veces torna insoportables. El perdón de hecho no alude sólo a la misericordia y a la reconciliación respecto a éste o aquel acto, sino más radicalmente a la aceptación de la pequeñez, de la miseria del otro, de su incapacidad de sostener quizás, con el paso de los años, las esperas y las esperanzas que había suscitado en los primeros tiempos.

Generalmente se entiende el perdón como una virtud cristiana heroica, lo cual es verdad sólo en parte, ya que es también una virtud social: sin perdón no hay convivencia social duradera. El perdón en su pleno sentido excede la categoría del derecho que regula las instituciones, como también aquellas del intercambio contractual, de la política y de la misma moral. Pertenece de hecho más bien al orden de la caridad, a un tipo de economía espiritual que sobrepasa las leyes de la irreversibilidad del tiempo y del equilibrio de intercambio. La vida misma tiene necesidad que la lógica de la sobreabundancia supere a aquella de la justicia. Tenemos ejemplo de la necesidad de esto de más respecto al intercambio también en la justicia penal, con la gracia concedida del rey, la prescripción, la reducción de pena; en la esfera social, con el ejercicio espontáneo de la solidaridad y del voluntariado; en la relación entre los pueblos y las naciones con el reclamo ejemplar de perdón de parte de cualquier jefe de Estado<sup>32</sup>.

La reciprocidad para mantenerse a su altura no puede ser concebida como un irenismo estático, que salta a pie en los momentos de conflicto. Los momentos de desunión van poniendo en cuenta: el nosotros parece espesarse y los dos, presos del movimiento de orgullo y de desquite, de defensa de la propia dignidad o de los propios intereses son

<sup>31</sup> Cf M. FARINA, *Maternità e verginità: la logica dell'alleanza*, en RSE, 27 (1989), 313-337, 318.

<sup>32</sup> Se piensa a Willy Brandt arrodillado en Varsovia, como también a Vaclav Havel que escribe al presidente de la República Federal Alemana para demandar perdón por la ofensa infligida a los sureños después de la Segunda Guerra Mundial; se piensa en fin en el perdón pedido al pueblo judío de parte de las autoridades alemanas que pretenden reparar en muchas formas los daños cometidos a los sobrevivientes en la Solución Final. Hay una cantidad inconmensurable de sufrimiento que la mayor parte de los pueblos y de los Estados, grandes y pequeños, han sido infligidos mutuamente en el pasado: guerras de religión, de conquista, de exterminio, sometimiento de las minorías étnicas, expulsión o esclavitud de las minorías religiosas, prepotencia y esclavitud del género femenino. Cada uno de estos sufrimientos no pueden ser absolutizados y extrapolados a la larga teoría de las víctimas de todos los tiempos (sobre este aspecto, cf P. RICOEUR, *Per un nuovo ethos dell'Europa*, in "Prospettiva Persona", nn. 1-2 [1992], 15-21).



incapaces de reencontrarse y sufren por infringir el proyecto de unidad que una vez fue todo uno con su vida. De frente a la ruptura de la unidad es correcto intentar reconstruir juntos la experiencia vivida reconociendo las culpas inflingidas y actuales. Pero ¿basta este momento de análisis para asegurarse la recuperación de la comunicación significativa o por lo menos estamos obligados a recurrir al motor de la gratuidad para que la convivencia tenga todavía sentido? Al menos inicialmente, para reavivar la relación, es necesaria la acción unilateral de uno de los dos, que se convierte en motor capaz de poner gestos de solidaridad también independientemente (pero no indiferentemente) de la actitud del otro, porque es la condición para re-encender un matrimonio apagado, haciendo aquello que fue deshecho, tornándose protagonistas de la propia parte de aquel proceso de regeneración indispensable para combatir la necrosis del amor. En la sociedad y con mayor razón en la pareja es necesario que haya alguien capaz de "transmitir chispa y encender al prójimo" (S. Antonio).

La vida de la pareja es refrescada, salvada, desencantada de sus contradicciones por la irrupción de este flujo de gratuidad, ya que es inevitable que primero y después cada uno de los dos, también involuntariamente, hiera al otro. Acoger dentro de sí el sufrimiento del otro, en el pasado y en el presente, es indispensable para que la confrontación no resulte superficial, no sea un puro juego dialéctico y hermenéutico. Sin la confrontación con la visión así como el otro la interpreta, se refuerza la contraposición entre el orgullo de quien se siente vencedor y la lamentación o la sed de venganza de quien se siente vencido. No se favorece la comprensión de la razón y de los límites propios y del otro, por lo tanto el perdón.

Pero no siempre está bien aplicar sin mediación la invitación al perdón, si no se crean las condiciones de disponibilidad interior que impiden a la palabra o al gesto de reconciliación de parecer por lo tanto como un guiño, una mueca, un esfuerzo puramente muscular. No bastan racionalidad y voluntad; se necesita de misericordia y de Gracia para poder cancelar radicalmente lo debido. De hecho el perdón pertenece a lo que viene llamado "poética" de la vida moral y civil, entendiendo con esto el altruismo creativo. Si no se puede cambiar aquello

que ha sucedido, por lo menos se puede transformar su significado, liberándolo del peso de la culpabilidad que paraliza las relaciones. Somos y permanecemos herederos del pasado, pero podemos aliviar el peso, aliviar los sufrimientos con la potencia del amor y también transfigurarlos en recursos más abundantes y en ligazones más profundas (se piensa en ciertas crisis matrimoniales superadas).

También saber pedir perdón es esencial en la vida conyugal. Esto supone misericordia entre ellos mismos más allá que al otro, en la secreta convicción de que: "Todo coopera al bien para quienes aman a Dios"<sup>33</sup>. Esta fe de fondo se nutre de Trascendencia, que hace posible acoger al otro en un horizonte más amplio del amor-atracción, en el cual ni el yo ni el tú son el Amor, pero entre ambos Lo evocan, siendo el uno por el otro sacramento de otro Amor. La humildad de quien no pretende ser el Amor con mayúscula -y que el otro lo sea para él- conciente de acogerse y de reconocer que la propia pequeñez adjudica la presencia de Alguien más grande, sin el cual el matrimonio podría parecer una trampa que incapacita dos malos gobiernos.

Los límites de cada uno lejos de provocar intolerancia, rencor, venganza, pueden tornarse ocasión para solicitar un renovado abrazo, que cubra con la ternura la fragilidad de ambos. En la dialéctica de la unidad las escisiones son muerte que preludian la resurrección del amor. Si el nosotros de los esposos pasa a través de estas notas de incompreensión, eso es experiencia de su renacer viviente y nuevo, alimentado de la buena disposición del yo y del tú, y sobre todo de la Gracia de Alguien que ha permanecido fiel a aquel proyecto.

No basta perdonar si no se sabe atender al perdón en los tiempos justos. La paciencia del tiempo evita las trampas de un perdón confuso demasiado apurado con el olvido. Es verdad que la caridad excede la justicia, pero no la sustituye. No se puede ni menos perdonar si hay olvido, si a quien ha estado humillado no se le restituye la palabra para reconstruir su historia y si su modo de leer el pasado no ha sido acogido. Sería lo que Jankélévitch llamaba el "perdón sin amor", fruto de la ligereza y de la indiferencia. Pensemos en las traiciones, las

<sup>33</sup> Rm 8, 28.



violaciones sexuales, la explotación, todas las torturas psicológicas de quien puede ser víctima en la vida de la pareja<sup>34</sup>. En general, escribe Ricoeur: "En la confrontación entre ambos, víctimas de crímenes indescriptibles que permanecen imperdonables, no hay otra sabiduría que aguardar tiempos mejores cuando la formulación de los testimonios de los ofendidos habrá ejercitado su efecto catártico, y cuando el ofensor habrá ido al fondo de la comprensión de los crímenes cometidos. Hay un tiempo para lo imperdonable y un tiempo para el perdón. El perdón exige una larga paciencia"<sup>35</sup>.

Las parejas cristianas que se han adherido a la palabra evangélica del perdón y del amor a los enemigos se ajustan más que otras a recorrer hasta el final el camino de la misericordia, del abandono del orgullo, de la demanda y de la concesión del perdón. Ellas testimonian justamente gracias al perdón el regalo de los hijos de Dios. Está sobre todo en ellos el ponerse en juego, aceptando la apuesta del matrimonio-salvación y pidiendo a Quien puede la Gracia de cuidar al otro, tal vez culpable, tal vez asustado, amenazado y por lo tanto a menudo agresivo, con los ojos de la misericordia esperando encontrar un día la alegría surgida del primer encuentro, que es aquella del Adán exultante frente a Eva. Esta capacidad de perdonar reclama una dimensión vertical del amor, que no se apoya en el otro para alimentarse, sino directamente en Dios y asume de Él la capacidad de resurgir a la vida.

Cuando prevalece la disunión, los esposos perciben también, más o menos conscientemente, que su escisión es impedimento al sacramento y produce el sufrimiento en el Cristo mismo viviente en la comunión conyugal. Se puede decir que la vida de los esposos es un bozeto de la vida trinitaria cuya laceración provoca un sentimiento de abandono que hace eco a aquel de Cristo en la cruz. Se necesitan mujeres y varones expertos y profetas en el arte de la hospitalidad y el perdón, capaces, también en el abandono, de continuar poniendo gestos de reconciliación atendiendo a todos. También lo negativo y la maldad del pasado, pueden producir buenos frutos para el futuro, si hay quien recoge la invitación secreta a pasar del yo herido a un otro

nosotros. La reconciliación es fruto de un esfuerzo, sobre todo es un don que renace del Agua y del Espíritu, porque sólo Dios es "rico en misericordia". La cruz de la incapacidad de perdonar y/o de la incapacidad del otro de perdonarse no puede ser salvada: mejor atender sin salvador. Quien puede donar aquella fuerza de quien a veces no es humanamente capaz. A lo largo de la historia del cristianismo, las parejas creyentes han hecho la experiencia del Cristo crucificado como el único que puede estar presente en su intimidad más secreta, sin ser estorbado, amante sin ser invasor. Él ha reunido el punto cero de la condición humana. En su soledad mortal, en Su sufrimiento, en Su abandono, y se ha tornado Mediador. Nadie tiene el poder de reunir, reconciliar, regenerar a cualquier "pobre Cristo" que me dirige la mirada.

Hay en este campo experiencias sublimes, como aquellas descritas por S. Weil: "Es propio en la desgracia que resplandezca la misericordia de Dios, en lo profundo, en el centro de su inconsolable amargura. Si perseverando en el amor, se cae hasta el punto en el cual el alma no puede más retener el grito: '¿Dios mío por qué me has abandonado?'; si se permanece en aquel punto sin cesar de amar, si termina con tocar cualquier cosa que no es la desventura, que no es la alegría, pero es la esencia central, esencial, pura, no sensible, común a la alegría y al sufrimiento, o sea al amor mismo de Dios. Se comprende entonces que la alegría es la dulzura del contacto con el amor de Dios, que la desventura es la herida del contacto mismo, cuando es doloroso, y lo que importa es sólo este contacto, no el modo en el cual eso se produce"<sup>36</sup>.

## 6. El contagio de la reciprocidad

La credibilidad de los proyectos de evangelización pasa por el testimonio de relaciones exquisitamente cristianas en medio de la vida cotidiana. Los esposos que se aman en Dios testimonian en lo concreto de su relación que el evangelio es vida, se encarna en la historia de nuestro tiempo, se personaliza y revive entre quienes se aman. Ellos tienen necesidad de encontrar otros testimonios de vida, casados y

<sup>34</sup> Este tema G. P. Di Nicola ya lo ha tratado, en parte, en la editorial *Perdonare sì, ma quando*, en "Prospettiva Persona", n. 19 (1997), 49-50.

<sup>35</sup> P. RICOEUR, *Persona, comunità, istituzioni*, cit., 104.

<sup>36</sup> AD, 69-70. Sobre este tema del abandono y de la unidad cf. C. LUBICH, *L'unità e Gesù Abbandonato*, Città Nuova, Roma 1984.



consagrados que saben transmitir el gusto de llevar más adelante y más en alto la calidad de la relación interpersonal. Es característico de los esposos cristianos anunciar el misterio de la relación Cristo-Iglesia, mucho más que con palabras y actos que tienen directa finalidad misionera, justamente a través de su amor, casi sin advertirlo, simplemente viviendo bien la misma vida personal y aquella cualidad diferente del amor recíproco que se deja reconocer sin imponerse.

Este modelo de evangelización es tanto más necesario hoy cuando la cultura de la sospecha acompaña hoy proclamaciones de cristianismo, fáciles de parecer una ideología entre las otras, en el gran calderón de la competición por el consenso del mercado cultural y religioso. Cada pareja sólo en la intensidad y en la transparencia de su mirada de unidad puede ser testimonio vivo de cristianismo combatiendo con los hechos una desconfianza difusa en sus confrontaciones, evidenciada a su modo por Camus, cuando decía que los cristianos son conservadores poco fiables, porque están contra cada establishment, y del otro lado hay revolucionarios poco fiables, porque no perdonan la memoria y además están ligados a la Tradición con la T mayúscula.

Una mujer y un marido que se aman construyen como una isla de bien en el mundo, en la cual custodiar el amor como un don para ofrecer a todos, hijos, parientes, vecinos, amigos. Así el ingeniero U. Mori, industrial muerto en concepto de santidad, escribía a la mujer Gilda, tutora viviente: "He aquí finalmente nosotros dos solos: he terminado todo lo que concierne al mundo de los otros y puedo entrar en el nuestro, donde nadie nos ve, donde podemos estar cerca, de modo que no se sabe si es mi corazón que late o es el tuyo y yo apuesto que es nuestro corazón... Ahora no hay un mundo mío, hay un mundo nuestro y los dos 'sentimos' este mundo del mismo modo... Los hombres se han olvidado de vivir sobre una estrella... decía un tal, pero yo alguna vez siento que justamente es así: nosotros vivimos sobre una estrella, amor dulcísimo, sobre una estrella obvio hay otros hombres que buscan ensuciarla pero los otros hombres para nosotros no cuentan y no contarán nunca si sabemos tener bien lindo aquel rinconcito que sobre esta estrella es nuestro, aquel

rinconcito que es nuestro mundo. Tal vez un día nuestra criatura verá en este rincón de estrella y querrá su parte (y tú sabes que se la daremos llenos de alegría porque nosotros nos amaremos en ella), sí debemos hacer que esta parte suya sea un jardín en el cual reine la serenidad... Amor querido, esta noche rogando al Señor le pediré que haga conocer a aquellos hombres, a aquellas mujeres, pero sobre todo a aquellos niños un poco de aquel amor que nosotros hemos encontrado porque es sobre todo de él que tienen necesidad y tal vez no encuentren las palabras para agradecer el don que se ha hecho y para pedir mantenerlo siempre. Debemos custodiarlo, Gilda adorada, este amor, para nosotros y para quien vendrá con nosotros en nuestro mundo porque sin él no es la vida y en él se puede encontrar la fuerza y el confort que son necesarios. Te amo Gilda... Tu marido"<sup>37</sup>.

Al afrontar la dificultad de traducir en vida la aspiración del amor perfecto, los cónyuges aprenden a reconocer sus equívocos y permanecen humildes por el hecho de pecar en el amor. Aprenden así a quererse bien a costa de errores y sufrimientos, utilizando al máximo los recursos de que disponen (fantasía creativa, intuición, dedicación y cuidado, tiempo, medios, sensibilidad, espiritualidad, corporeidad) y corrigiendo paso a paso, pacientemente las recurrentes tentaciones egoístas y misóginas<sup>38</sup>, los prejuicios, la mentalidad de la ofensa a ultranza y del ataque, de la agresión y de la lamentación, del autoritarismo y del servilismo, del erotismo y del espiritualismo, en resumen todo lo que obstaculiza la realización de la promesa de amor.

En el amor solidario y fiel, en el hacerse cargo día a día, como todos, pero sin afán, de la fatiga de la vida de familia, los esposos cristianos presentan al mundo la visión atrayente del cristianismo, con sólo su presencia (en los diversos "mundos vitales", condominios, lugares de trabajo y de participación social, Iglesia, ambientes en los que se entrecruzan diversas culturas), incluso cuando no tienen tiempo de participar. No es importante que se desarrollen roles particulares: justamente para esta irradiación del amor, *diffusivum sui*, aguardan ser "portadores de Cristo". De hecho su amor expande en torno de sí la fascinación de la belleza como armonía.

<sup>37</sup> Mori, nacido en Modena, fue ingeniero, docente universitario, emprendedor en el campo del cerámico en Italia y en el exterior. La carta fue citada en "Prospettiva Persona", gracias a un artículo enviado por el hijo Mario. M. MORI, "Gilda adorata", en "Prospettiva Persona", n. 16 (1996), XIX-XXII.

<sup>38</sup> Cfr A. MILANO, *Misoginia, La donna vista e malvista dalla cultura occidentale*, Dehoniane, Roma 1992.



En torno a la memoria la descripción de la belleza de la flor, de Capograssi en el *Pensieri a Giulia*: "La belleza es cualquier cosa que supera el normal concatenamiento utilitario de las cosas, porque está sola, es divinamente autónoma en medio del universo, revela que el alma íntima del universo no es ni fuerza, ni utilidad, ni pasión, sino divina libertad que se expande en el aire por la sola alegría de la contemplación. Así, Giulia mía, tu flor, la flor que me has dado está allí, autónoma, la cosa más frágil del universo, pero también la cosa más sólida del universo, ya que depende de las leyes de la belleza y nada más, porque no tiende a otra finalidad que no sea sí misma, porque agota su función con nada más que aparecer y estar dentro de las claras líneas de su forma"<sup>39</sup>.

Los esposos cristianos viviendo simplemente su vocación al amor son también, a sus espaldas, generadores de sociabilidad (la familia ¿no era para Cicerón "principio de la ciudad y casi semillero del Estado"?), capaces de inyectar sentido humano en las relaciones sociales inherentes, esclerotizadas,

burocratizadas, a fuerza de conflictualidad<sup>40</sup>. En la palestra-laboratorio de su relación interpersonal, inventan nuevas posibilidades de construir relaciones y superar, e incluso prevenir en los hechos, cada resurgimiento de machismo y cada pendular reacción feminista. En la adhesión gozosa a su vocación, construyen un refugio alternativo respecto a la sociedad de la eficiencia, en el cual es posible entrar deteniendo el tiempo del producir y del actuar, para asumir aquel de la comunión. El testimonio de los esposos entrecruza así la exigencia de una "buena sociedad", participando con todos a realizar una ecología del ambiente humano<sup>41</sup>. Tal exigencia se desvanece en la utopía y en la retórica si viene unida a los megaproyectos de ingeniería institucional y a las macroplanificaciones socioeconómicas sin partir de los pequeños mundos y en particular del microcosmo familiar. La atención al otro, el cuidado de la vida, el arte de la tesitura de relaciones "cálidas" hacen de la familia, sostenida en el amor de los cónyuges, una central productora de paz, que es el bien más precioso que la sociedad hoy demanda.

<sup>39</sup> G. CAPOGRASSI, *Pensieri a Giulia*, cit., III, 192.

<sup>40</sup> Cf T. SORGI, *Costruire il sociale. La persona e i suoi piccoli mondi*, Città Nuova, Roma 1991.

<sup>41</sup> "Más allá de la irracional destrucción de ambiente natural es también de recordar aquella, aún más grave, del ambiente humano, a quien otros están lejos de prestar la necesaria atención... se comprometen muy poco por salvaguardar las condiciones morales de una auténtica 'ecología humana'. No sólo la tierra ha estado dada por Dios al hombre... el hombre es donado a sí mismo por Dios y debe, por lo tanto, respetar la estructura natural y moral de lo que ha estado dotado". (GIOVANNI PAOLO II, *Centesimus annus*, 1. V. 1991, "L'Osservatore Romano", 2-3 Maggio 1991, n. 38).

